

Y todo sigue igual

María Jesús Jiménez y Belén Soguero

Museo Nacional de Antropología

Antropología para momentos críticos/19. Museo Nacional de Antropología

Según pasan las semanas, cada vez está más claro que la pandemia que asola nuestro planeta no es sólo una enfermedad que ha tomado dimensiones nunca conocidas. Ahora empezamos a comprender que es un problema de nuestra relación depredadora con la naturaleza y el medioambiente en el que vive la raza humana y de nuestra falta de respeto hacia el resto de las especies con las que los compartimos. Estamos viendo también que no afecta por igual a lugares que poseen buenas infraestructuras, organización y medios económicos que a aquellas áreas del planeta donde no existe agua corriente o donde el hacinamiento y la miseria caracterizan a ciudades enteras. Comprendimos pronto que la dimensión de esta epidemia iba mucho más allá de la salud y afecta de forma directa a las economías nacionales y familiares y que tendrá repercusiones en nuestra manera de socializarnos, de movernos y de actuar en grupo.

Otro de los enfoques desde los que se está observando este fenómeno es el del papel que las mujeres estamos jugando en la crisis, poniéndose en evidencia la ausencia de una perspectiva que nos tenga en cuenta. Que el género masculino sea el usado para generalizar en lenguas como la nuestra no es casualidad: cuando reflexionamos o enfocamos un problema tratando de obtener análisis generales, las mujeres desaparecemos, no sólo de las palabras, sino de las ideas y las proyecciones que se hacen de la realidad. Así, por ejemplo, hemos pensado antes en cómo mantener la distancia de seguridad mientras tomamos un café con amigxs que en cómo mantener a una víctima a salvo de su maltratador en una situación de restricción de movimientos. ¿No es significativo, precisamente en un momento en el que se lucha por cada vida humana?

El asunto de la violencia machista durante la pandemia, del que hablaremos en la segunda parte de nuestra reflexión, es sin duda la consecuencia más dramática de un problema que esta crisis ha vuelto a sacar a la luz y que es mucho más amplio: en el planteamiento de la cuestión falta la mitad de la población, faltamos las mujeres. Nuestro sufrimiento, nuestro sacrificio, nuestra problemática propia y nuestras necesidades sencillamente se están ignorando.

La mejor prueba de ello es la presencia cada vez mayor en Internet de testimonios de mujeres exhaustas física y psicológicamente por la sobrecarga de responsabilidades que estamos soportando durante el confinamiento. El cierre de los centros educativos y de otros centros que dan asistencia a colectivos vulnerables como nuestrxs mayores o personas con diversidad funcional ha causado que seamos mayoritariamente nosotras las que nos hagamos cargo del cuidado de nuestrxs hijxs, mayores y personas dependientes. Todo ello al mismo tiempo que hacemos frente a las exigencias del

teletrabajo y del cuidado del hogar¹. Un reciente estudio de la Universitat de València demuestra cómo las madres trabajadoras están sufriendo la mayor carga de esta crisis (<https://theconversation.com/teletrabajo-y-conciliacion-el-estres-se-ceba-con-las-mujeres-137023>).



Meme sobre una de las tareas principales a las que han tenido que dedicar un gran parte del tiempo en su mayoría las madres, aunque también algunos padres, a lo largo del confinamiento.

Una de nosotras, sin ir más lejos, ha tenido que escribir su parte de este texto a trancas y barrancas, entre supervisiones de ejercicios, negaciones de permiso para jugar a la tablet en horas que no corresponde hacerlo, interrupciones constantes incluso cuando decidía recluírse en su habitación para poder avanzar, y con la presión de la culpa por estar dejando a sus hijos a su libre albedrío por la casa y tirar demasiadas veces de comida precocinada.

Tanto en los casos de familias monomarentales como ésta y de parejas divorciadas o separadas con hijxs como en los de parejas que conviven con sus vástagos, las mujeres estamos asumiendo la gran mayoría de la carga de los cuidados. El seguimiento y el apoyo a nuestrxs niñxs para que no pierdan el curso escolar está siendo la gran pesadilla de madres desde Madrid a Dakar y sospechamos que en el resto de continentes....

¹https://www.eldiario.es/sociedad/sindrome-quemada-consecuencias-psicologicas-pandemia_0_1034496811.html

Llegado el momento de demostrar que hemos avanzado en el terreno de la igualdad y que no somos iguales a nuestras madres y nuestros padres, poniendo en práctica la llamada “conciliación”, resulta que nosotras seguimos siendo las cuidadoras y ellos (en el mejor de los casos) los que traen el dinero a casa. Ciertamente es que cada vez más hombres (una inmensa minoría) asumen tareas domésticas y el cuidado de sus hijos por propia iniciativa y deseo y a ellos hay que reconocerles el esfuerzo que también están haciendo en estas difíciles circunstancias.

¿Qué está fallando cuando avanzado el siglo XXI las mujeres volvemos a sentir que vivimos en una cárcel doméstica y ahora también laboral? ¿Cómo es posible que decenas de miles de mujeres y hombres llenáramos las calles de nuestro país el 8 de marzo (sí, una de nosotras también fue y no se contagió de coronavirus) y hoy sólo nosotras llenemos las redes de gritos de auxilio porque volvemos a encontrarnos solas y angustiadas? ¿Qué va a pasar si, como advierten las autoras del estudio de la Universitat de València, se produce una crisis de cuidados en caso de que los servicios de educación y asistencia no puedan dar respuesta a la demanda de nuestros niños, mayores y dependientes? ¿Hay solución a esta otra crisis que el COVID 19 ha sacado a la luz?



Detalle del altar de Durga, diosa hindú símbolo de la fortaleza femenina divina, y que con sus múltiples brazos refleja bien la idea de la “mujer multitarea”. India. Siglo XIX. Foto del Museo Nacional de Antropología.

Antes decíamos que, a la hora de analizar la problemática causada por la pandemia y de proponer soluciones, se han obviado las necesidades específicas de las mujeres, que hemos sido, usando ese término tan utilizado como cierto, “invisibilizadas”. Y es muy importante que nos demos cuenta de que lo hemos sido no sólo por ellos sino también en muchos casos por nosotras mismas. A la hora de afrontar todos los retos que ha supuesto hacer frente a la enfermedad, no hemos sido realistas ni a nivel individual ni como grupo. La vida de muchas familias, parejas separadas o familias monomarentales

durante el confinamiento ha sido una especie de condensación, de miniaturización, de las que hasta entonces eran nuestras costumbres y nuestra manera de vivir. Muchísimas -y también algunos de ellos- hemos comprendido que no estábamos siendo conscientes de todas esas inercias y desigualdades que asumíamos como “normales” antes de la crisis. Que los deberes con lxs niñxs solemos hacerlos nosotras, al igual que la interlocución con lxs profesorxs (la antigua asistencia a las reuniones escolares); que la planificación y realización de las comidas solemos también hacerla nosotras; que, cuando nuestrxs mayores nos necesitan, las hijas y nueras intentamos ayudar; que el trabajo de él es el que necesita mayor número de horas de dedicación y muchas veces hay que “ayudarles” haciéndonos cargo de lxs menores.... Y qué decir de las familias en las que las madres estamos completamente solas para el cuidado de hijxs, trabajo, hogar....

Tan convencidxs estábamos de que caminábamos hacia la igualdad y, al condensar nuestras vidas en un espacio cerrado, hemos podido ser conscientes de que hay muchísimos detalles que pasábamos por alto.... Y es que en las miniaturas los detalles son fundamentales. Las nuevas rutinas creadas durante el encierro pueden ahora contrastarse fácilmente: ¿Cómo se distribuye el tiempo de él y el de ella? ¿Cuánto tiempo de ocio y tranquilidad hemos tenido unas y otros? ¿Quién ha dejado de lado en más ocasiones aquello que le parecía importante hacer porque un peque se aburre y la está liando parda? Y finalmente, ¿cómo es posible que estemos en esta situación?

No parece casual que, al tiempo que escribimos estas líneas, en nuestro país se haya colocado en el centro de la conversación el papel que las manifestaciones del pasado 8 de marzo tuvieron en la propagación del virus. Toda revolución tiene su contrarrevolución. De las decenas de eventos multitudinarios celebrados ése y los días cercanos, algunos han decidido que aquél, en el que una multitud pedimos el fin de la desigualdad, de la violencia y el cambio de paradigma en las relaciones de mujeres y hombres, ha sido la bomba que extendió el virus en la capital. Justo al mismo tiempo en que crecen las voces femeninas que gritan –algo que muy pocas de nuestras madres se atrevieron a hacer– que están hartas de la sobrecarga de tareas. Sin duda, para un sector que nos gustaría creer minoritario de nuestra sociedad, la vuelta a los antiguos modelos de mujer abnegada que se entrega por entero a “sus labores” es el camino a seguir y qué mejor que una crisis para volver a encerrarnos a todxs en la cueva.

Pero no todo son “fuerzas externas”. En nuestra opinión, otra de las claves de lo que está ocurriendo la encontramos en lo que Almudena Hernando describió como “la falta de concordancia entre la **verdad razonada** y la **verdad actuada** por los hombres y las mujeres de nuestra sociedad”². Sigue faltando –y ahora vemos las consecuencias a pesar de los avances realizados- una reflexión individual de cada una de nosotras y de cada uno de nosotros exigente, esforzada y sincera sobre lo que decimos ser, lo que realmente somos y, muy importante, lo que nos gustaría ser como personas y como grupo humano, para comprender e interiorizar, a nivel de nuestra subjetividad, la necesidad del cambio de los roles que heredamos de nuestros ancestros.

Este cambio personal es indispensable si queremos estar preparadxs como colectivo para exigir a nuestras autoridades políticas que logren una igualdad **real**, que faciliten

² A. Hernando (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Katz editores. Buenos Aires y Madrid.

una conciliación **verdadera**³, sin pedir a las mujeres “sacrificios” que impliquen que seamos algo que realmente no queramos ser, ni en situaciones de crisis como ésta, ni en las vidas que libremente decidamos desarrollar después.

Por si esto fuera poco, la vuelta de tuerca viene cuando pensamos en cómo el encierro de estos meses ha afectado a las víctimas de violencia de género. Mujeres que ya antes de la pandemia sufrían de manera brutal la equivocada y retorcida percepción que tienen algunos hombres sobre el significado de la masculinidad, a lo largo del confinamiento se han visto de la noche a la mañana encerradas con sus mayores enemigos, en una especie de cárcel que pretendía ser su hogar. Según las estadísticas del Ministerio del Interior, actualizadas a 31 de mayo de 2020, en estos momentos hay en España 60.301 casos de violencia de género considerados activos⁴. Aunque el número de mujeres víctimas de violencia de género es algo menor que el de los llamados “casos”, ya que estos se abren cada vez que una víctima recibe maltrato por parte de un agresor único, pudiendo haber por tanto varios casos en los que figure una misma mujer si es que esta ha sido agredida por distintos sujetos, lo cierto es que pensar en un número aproximado de 60.000 mujeres que durante dos meses y medio han estado día a día aterradas pensando en qué podría hacerles su maltratador hace que se nos ponga el vello de punta y nos entristezca a partes iguales.

Es simplemente escalofriante ponerse en la piel de estas mujeres, haciendo un necesario ejercicio de empatía, e intentar traducir el miedo que les ha invadido cada día, y que les seguirá invadiendo hasta sabe cuándo, en frases como: ¿Se habrá levantado animado hoy? ¿Me atacará o matará mientras duermo? ¿Les hará daño a los niños? ¿Cómo reaccionará si hago esto o aquello?

Una situación desde luego terrible e insostenible que casi con total seguridad ha sido la causante del aumento en el mes de abril en un 60%⁵, según las fuentes oficiales a nivel estatal, de las llamadas al teléfono de atención a las víctimas de violencia de género respecto al mismo mes en 2019. La ecuación parece sencilla: mujeres desesperadas + su vida amenazada = llamada de ayuda al 016. Pero nada es tan fácil como parece en un principio si pensamos que la libertad de estas mujeres para acceder a un teléfono, incluso al suyo personal, ya era limitada antes del confinamiento, por lo que durante el mismo su capacidad de acción se ha reducido sustancialmente. Al decretarse el estado de alarma, el Gobierno aprobó el *Plan de contingencia contra la violencia de género ante la crisis del COVID-19*, a partir del que se pusieron en marcha varias medidas para reforzar la atención y el apoyo a las víctimas. En el contexto de este plan, según los datos que nos ha facilitado el Centro de Información, Documentación y Asesoramiento a la

³ Actualmente existe una iniciativa puesta en marcha por el Club de las Malasmadres a través de la plataforma Change.org para pedir medidas urgentes al gobierno que faciliten una conciliación real para las mujeres (<https://clubdemalasmadres.com/peticion-reunion-urgente-medidas-conciliar/>).

⁴ Caso activo: aquel que es objeto de seguimiento policial. Fuente: estadísticas del mes de mayo de 2020, obtenidos por el **Sistema de seguimiento integral en los casos de Violencia de Género (Sistema VioGén)**, del Ministerio del Interior. (<http://www.interior.gob.es/documents/642012/11472900/Estadistica+Mayo/77f5d32a-eec7-4272-a95d-62c30318dfc6>).

⁵ Fuente: datos obtenidos del **Portal Estadístico de la Delegación del Gobierno contra la Violencia de Género** del Ministerio de Igualdad.

Mujer (CIDAM) de Coslada⁶, lo que fundamentalmente han hecho en este sentido la trabajadora social, las abogadas y las psicólogas encargadas de este servicio en el municipio madrileño ha sido llevar a cabo un seguimiento telefónico de las mujeres que conforman los casos de violencia activos, con especial énfasis respecto a aquellas que conviven con los maltratadores porque no existe orden de alejamiento.

La labor de apoyo que han realizado a lo largo del confinamiento las profesionales que están a cargo de la atención a las mujeres en nuestra opinión ha sido crucial, pues ha permitido no sólo que las mujeres víctimas de violencias -física, psicológica y sexual- se hayan sentido menos solas y más respaldadas en tan terrible situación, sino que además hayan podido recibir asistencia constante y real a nivel legal y psicológico. Ha sido precisamente la atención psicológica la que el centro cosladeño nos comenta que se ha incrementado en atención a lxs hijxs de éstas, quienes, de una manera más intensa y continuada que antes del encierro, han vivido y están viviendo en “vivo y en directo” la violencia que se ejerce sobre sus madres. Una vivencia que seguro que más de unx de esxs niñxs se llevará por desgracia luego en su camino hacia la vida adulta.



Cartel ilustrativo de la iniciativa Mascarilla-19, puesta en marcha por el Gobierno de Canarias para apoyar a las víctimas de violencia de género durante el confinamiento. Foto del Instituto Canario de Igualdad.

Pero a pesar de los esfuerzos extraordinarios realizados por las diferentes Administraciones, nos preguntamos si éstos han sido suficientes. Creemos que no. Y es que nos resulta muy paradójico que, habiendo sido considerados los servicios de asistencia a la víctimas como esenciales desde el decreto del Estado de alarma, al igual que lo han sido entre otros la justicia, la sanidad, el transporte o la alimentación, en materia de atención a las víctimas de violencia de género los resultados sean tan poco visibles y, sobre todo, esperanzadores, y que parezca además que todo sigue igual. Y es que en realidad así es, o quizá aún peor, ya que muchas de estas víctimas han dado un

⁶ Agradecemos al CIDAM los datos ofrecidos y su colaboración.

paso para atrás en el largo y tortuoso camino que les estaba llevando ya hacia su personal desescalada de la violencia. Es posible que tras este periodo de tiempo, muchas de las difíciles decisiones tomadas por estas mujeres para salir del horror en el que viven tengan que volver a la casilla de salida para volver a empezar, eso sí, con menos certezas aún que antes.

Sin querer caer en el pesimismo total, mirando a nuestro alrededor y a las cifras sobre violencia de género, nos preguntamos seriamente si esto acabará alguna vez; si las mujeres podremos soltar algo de lastre en este camino lleno de desigualdades y en el que cualquier piedra que encontramos, como en estos momentos ha sido el COVID-19, nos hace perder todo lo avanzado y ganado con tanto esfuerzo por parte de todas; pregunta a la que nos respondemos diciendo que, en un país en el que durante todos los días de una pandemia gravísima las noticias sobre el deporte de élite, y más concretamente el fútbol, han estado presentes en todos los telediarios, los mismos que solo de manera puntual han hablado sobre la violencia de género, tenemos dudas de que se pueda esperar mejorar en este sentido. Quizá seamos nosotras las que estemos equivocadas y nos hayamos saltado la parte del decreto del estado de alarma que dice que el fútbol es un servicio esencial, ¿será eso?

Dejando a un lado cualquier sarcasmo, lo cierto es que o empezamos a reeducarnos y a ser conscientes de la importancia y del impacto de las desigualdades reales que existen entre mujeres y hombres y de cómo éstas se agravan y amplían en momentos de crisis o cabe augurar una sociedad con un futuro oscuro y muy poco amable. Porque así lo es aquella que no tiene en su código ético, entre otros, el respeto y la igualdad como dos de sus principales buques insignia. Desde luego, esto es algo que nos compete a todxs y que tenemos que ir haciendo entre todxs, porque de lo contrario en el próximo confinamiento por pandemia, allá en el año 2050, seguiremos tristemente hablando de lo mismo.